



Había una vez un rey español que se llamaba Fernando.

El monarca reinaba sobre muchas ciudades. Una de ellas era la Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de la Señora del Buen Aire. Como tenía tantos nombres, todos la llamaban Buenos Aires, que era más fácil.

Fernando vivía muy lejos, al otro lado del océano. Para saber dónde estaba Buenos Aires tenía que buscar con el dedo en la panza del globo terráqueo. Era la ciudad que estaba más abajo de todo.

Vivir tan lejos le traía muchos problemas. Si daba una orden cuando en Buenos Aires empezaba el invierno, el barco que la traía llegaba en primavera. Era imposible gobernar a tanta distancia si no había celulares, ni

aviones, ni nada.

Entonces se le ocurrió una idea: nombrara a alguien para que hiciera aquí las veces de rey. ¿Cómo llamar a quien lo representaría y gobernaría en su nombre? Sencillo: vi-rey; virrey.

Por un tiempo, las cosas anduvieron lo más bien. Hasta que el rey cayó prisionero de sus vecinos, los franceses.

En la lejana Buenos Aires, el virrey se agarró la cabeza. Si el rey que lo había nombrado estaba preso, ya nadie lo obedecería.

Y los que habían nacido aquí menos que menos. Porque estaban hartos de que el rey y el virrey los trataran como si fueran inferiores. Estaban cansados de que todos los privilegios fueran para los españoles que habían nacido en Europa. Desde luego que desobedecerían al virrey.

Entonces se propusieron derrocar al virrey y formar un gobierno propio.

No fue fácil. Pasaron varios días. Los españoles europeos no querían dejar el poder. Y el pueblo reunido en la plaza insistía en nombrar sus propios representantes.

En esa plaza no había sólo próceres, como esos señores que muestran los libros escolares. Tampoco había solamente grandes. Había chicos. Algunos de ellos eran hijos de los patriotas que estaban haciendo la revolución. Se llamaban Pedro, Francisco, Pío, Remedios, Paco, María, Mariano. Chicos y chicas parecidos a vos.

Mariano

Viernes 25 de mayo de 1810

Dibujaba el cabildo con un palito. Un mechón de pelo le caía sobre la frente. Sacaba un poco la lengua entre los dientes, como los chicos cuando hacen la tarea.

Primero, reprodujo los once arcos que formaban las galerías de arriba y de abajo. Era lo más difícil porque los arcos no le salían todos iguales.

Listo. El techo con sus tejas...

Inclinó la cabeza para apreciar su obra. Corrigió unas tejas que le habían salido mal.

Ahora la torre alta con su reloj y sus campanas...

-¡¡¡Qué hace, señor Mariano Moreno!!!

Detrás de él, una voz tronó como truenan los truenos. Era el maestro.

Estaban en clase. El maestro había dibujado en el pizarrón de cuero: *a e í o u*. Los chicos tenían que copiar esas letras en el cajoncito de arena que cada uno tenía delante.



En aquella época, no había cuadernos. Ni de clase, ni de nada. En vez de usar papel, escribían con un palito sobre la arena bien lisa y un poco húmeda del cajón. Si alguien metía la pata, sencillamente emparejaba la arena.

Esa mañana tocaba vocales. Había que escribir *a e í o u* cinco veces, diez veces,... ¡cien veces!

Mariano Moreno, el único hijo de Mariano Moreno, que se llamaba del mismo modo que su papá y su abuelo, se moría de aburrimiento. De puro aburrido, se le ocurrió que la letra *u*, dada vuelta, se parecía a los arcos del edificio del cabildo. Entonces empezó a trazar los arcos.

Uno, dos... Y, dibuja que te dibuja, se olvidó del ejercicio.

No era casualidad que Marianito, así lo llamaba la mamá para no confundirse, dibujara eso. Su papá hablaba todo el tiempo del cabildo. Capaz que si el maestro no lo hubiese sorprendido, habría dibujado al padre dentro del edificio.

Un chico en la plaza

Al mediodía, terminaron las clases. Los chicos salieron disparados con alboroto de gorriones. Marianito dudó.

Le hubiera gustado ir a ver qué pasaba en la plaza de la Victoria, parece que estaba llena de gente como la vez pasada.

Los Moreno vivían en la calle de la Piedad, bastante lejos. En casa almorzaban a las dos de la tarde. Si se apuraba...

Fue, nomás a la plaza. Pasó por la Recova. Justo en ese momento, el pregonero estaba voceando un bando. Varias personas escuchaban a su alrededor. Mariano era petisito, ni siquiera saltando pudo ver qué ocurría. Apenas escuchó algunas palabras aisladas:

- ...junta... Excelentísimo... Cisneros, presidente de...

Finalmente, sonaron el pífano y el tambor. La lectura del bando había terminado. El pregonero pegó la proclama en una pared y se marchó, muy orondo.

Apenas se hubo ido, un joven con una cinta roja en el ojal arrancó el bando y lo tiró al suelo. Los demás lo festejaron con ruidosas carcajadas que el pregonero simuló no oír mientras se iba.

Después, todo volvió a la normalidad. Los tenderos se habían hecho traer el almuerzo desde la fonda que estaba cerca. Había un terrible olor a comida. Al mocito le hizo ruido el estómago, hacía rato que había engullido el chocolate con pan de la mañana.

A la plaza de la Victoria llegaban más y más vecinos. Casi todos llevaban una cinta roja como la de aquel muchacho que había quitado el bando de la Recova. Algunos de ellos llevaban pistolas bajo el capote.

Como Marianito era pequeño, nadie reparó cuando se puso a escuchar en uno de los tantos grupos que discutían.

-Dicen que los cabildantes no dan el brazo a torcer. Insisten en mantener a Cisneros...

-¿Dar el brazo a torcer? ¿Quién quiere dar el brazo para que se lo tuerzan? – pensó Marianito, que no sabía que esa expresión indicaba que los partidarios de Cisneros se resistían a ceder a los deseos de los criollos.

-¿Por qué hemos de dejar que quede el virrey? ¿Por qué? –exclamó un oficial de Patricios. Marianito lo recordó enseguida, era Chiclana. Él y French y Beruti eran frecuentes visitantes de su casa.

-Están reunidos allí –dijo un paisano, señalando el cabildo- desde hace horas. ¡Que no discutan más!

Llovía. Algunos abrieron sus paraguas de hule, una tela más o menos impermeable. Lo llevaban no tanto para cubrirse de la lluvia -porque, la verdad, el utensilio cubría muy poco-, sino para darse importancia.

Un hombrón grandote se acercó dando grandes zancadas. Era French. Reconociéndolo, muchos acudieron a su alrededor. El jefe de los chisperos estaba enojadísimo.

-¡Quieren meternos miedo!

-¿Qué? ¿Qué?

-Me dicen que el abogado del Cabildo ha pedido que las tropas nos saquen de la plaza. Con las armas, si fuera necesario.

Hizo una pausa. Y agregó, con esa voz gruesa que tenía:

-¡No sólo no nos iremos, sino que marcharemos sobre ellos!

Esas palabras eléctricas produjeron una explosión. Como un estallido, los vecinos corrieron hacia los arcos del cabildo. Entre ellos iba Marianito.

La muchedumbre subió por la escalera hacia la sala donde estaban los cabildantes. Viendo que el chiquillo trastabillaba, French lo tomó de la mano para evitar que se cayera.

Golpes en la puerta

La multitud se amontonó en el piso alto. Algunos empezaron a dar fuertes puñetazos en la puerta. A los cabildantes se les atragantaron los bizcochos que estaban devorando con vino de Málaga.

-¡El pueblo quiere saber lo que se trata! –gritaban. Lo que querían saber era si trataban lo que habían reclamado: el apartamiento total de Cisneros.

Ante el temor de que echaran la puerta abajo, les abrió el mismísimo abogado del Cabildo:

-¿Qué es lo que quieren, señores?

-¡La separación inmediata de Cisneros!

-No podemos entendernos con una muchedumbre de amotinados –repuso altaneramente -. Nombren tres o cuatro personas y hablaremos.

De inmediato se adelantaron French, Beruti y Chiclana. En el apuro por entrar, ninguno advirtió que con ellos también iba Marianito. La puerta se cerró detrás del niño, que quedó encerrado en el recinto.

Le impresionó el lujo de la sala. Había una enorme mesa, sillones ricamente tapizados. Sobre un cortinado rojo estaba el antiguo escudo de la ciudad con su paloma radiante volando sobre dos navíos en un río agitado.

Los cabildantes eran caballeros solemnes de cadena de reloj sobre un vientre inmenso, chaqueta negra y camisa blanca con puntillas. Varios llevaban anteojitos montados en la punta de la nariz. Había uno que, de vez en cuando, sacaba un gran pañuelo y se sonaba como si quisiera llamar la atención.

Mariano se paró como pudo, en una incómoda posición, detrás de un mueble. Se hizo más chiquito de lo que ya era y se quedó allí. Nadie reparó en él.

Beruti estaba leyendo un papel lleno de palabras difíciles. El mocito no entendió demasiado.

-...bildo... el pueblo... retomado el poder que le había dado al Cabildo... nueva junta...

En ese instante, sintió como un hormiguelo. Se le había dormido un pie. Movi6 los dedos, a ver si se le pasaba. Pate6 el suelo despacito para no hacer ruido. Pas6 un poco.

La lectura seguía:

-Presidente, el señor don Cornelio Saavedra; vocales...

-¿Vocales? ¿Aquí también vocales? -se preguntó el chico, intrigado.

No, no eran **las** vocales, sino **los** vocales; los vocales de la Junta.

-...don Manuel Belgrano, don Miguel de Azcuénaga... secretario el doctor Mariano Moreno...

-¡Mi papá! -se le escapó a Marianito. Todos se dieron vuelta.

La junta

Las campanas se echaron a vuelo para intranquilidad de las lechuzas de los campanarios. Los chicos tiraban cohetes sin que los grandes los retaran. Las señoritas se manchaban de barro el borde de las polleras, pero el accidente les tenía sin cuidado.

En la sala del cabildo juraba la nueva Junta. Saavedra puso la mano sobre los Evangelios; Castelli puso la suya sobre uno de los hombros de Saavedra, Belgrano la puso sobre el otro, y los demás los unos sobre los hombros de los otros.

Afuera, los vecinos quisieron iluminar la ciudad. Pero los faroles no alcanzaban y la lluvia apagaba las velas.

Entonces se abrieron las puertas y las ventanas y se iluminaron los zaguanes y la luz salió a la calle loca de alegría.